

Capítulo 1. Maletas y destinos

Era ya tiempo estival y un avión despegó directo al Aeropuerto Internacional de Luque, muy cerca de la capital (Asunción), en República de Paraguay. Ese lugar relajante ayudaría tanto a Mercedes como a Tonio a depurar sentimientos, desechar los consumidos, construir otros y abrir la mente hacia una etapa nueva en sus vidas. Ella no pudo apartar la mirada de la pista. Le hubiera gustado llegar unos minutos antes, ver el rostro de Alfonso y corroborar lo que Tonio le había confesado.

Mercedes se mantuvo despierta durante el trayecto largo que la aguardaba. Tonio cayó rendido; había reclinado el asiento y, con el sonido turbulento de los motores, quedó a expensas de un sueño notorio. Mercedes tenía en la mente las últimas palabras de su hijo y comprendió que, todo el tiempo anterior, habían tratado de ocultarle la verdad simplemente por no hostigarla o hacerle daño; ahora con las intenciones auténticas, ¿quién daría el paso? ¿Hacia dónde se debería dirigir esa vez?

Tonio nunca había estado en un avión, en ninguno de sus viajes de estudios del instituto disfrutó de esa oportunidad. Ya podía opinar y la sensación de primeras era, sin duda, excitante; cuando habían transcurrido tres horas de vuelo y todo seguía igual, comenzó a desesperar y sus uñas sufrieron las consecuencias. Entre los avisos por turbulencia, que se repetían en intervalos cortos, los llantos de los bebés y una señal que a veces llegaba de manera interrumpida en mitad de la película, todo sumergió a Tonio en un estrés que no aguantaba; incluso sugirió a su madre viajar la próxima vez en coche o autobús.

— ¡Esto es criminal! ¿Cómo puede la gente viajar tan tranquila, si quedan por lo menos diez horas más de vuelo? ¿No desesperan? —refunfuñó.

Mercedes le cogió la mano y le sonrió, no había motivos para impacientarse tontamente.

—Hijo, la gente está tranquila porque no hay necesidad de desesperar. Llegaremos en el tiempo previsto y no podemos hacer otra cosa que esperar. Mírame; no te negaré que estoy aburrída, pero no me queda otra. —Se reía, aunque opinara lo mismo que él.

Tonio se puso a investigar por la ventanilla y bajo él se encontraba un océano inmenso, como si de repente lo único existente en el planeta fueran el propio avión y el manto de agua.

—Mamá, ¿hablarás con Alfonso cuando regresemos?

Mercedes, dubitativa, respondió; resultaba curioso, las circunstancias podrían cambiar. De una situación abierta entre los tres, tal vez se estableciese una relación basada más en la privacidad y en la dualidad. Cualquier movimiento por parte de Mercedes lo llevaría a cabo en el secretismo más puro; no quería inmiscuir demasiado a Tonio, sentía que ya había sufrido suficiente por su culpa. Ahora ella sería la protagonista en una historia que debería seguir escribiendo.

Y así transcurrieron unas cuantas horas más cuando, en una de las ideas que se le pasaron por la cabeza, quiso coger el móvil de Tonio; lo tenía en el bolsillo de su pantalón, por lo que sería muy difícil. Debía pensar un plan. Comprendía perfectamente los riesgos, pero no estaba realizando nada malo. Lo despertó y se lo pidió para jugar con él. Tonio se lo dio y continuó la siesta. Parecía perfecto hasta que Mercedes descubrió que no estaba encendido, no había reparado en que los móviles deberían apagarse durante el vuelo.

No podría haber salido tan bien. La única forma de averiguar el pin era preguntándole. Tonio seguía dormido, pero durante poco tiempo; las dos intervenciones de su

madre le habían quitado las ganas y los planes de Merche se truncarían levemente.

—Mamá, ¿qué haces con mi móvil?

—Me aburre la película que echan, la he visto demasiadas veces tumbada en el sofá de mi casa; por eso quiero que me pongas alguno de tus juegos. Por lo menos para pasar el tiempo, me aburro aquí sentada todo el tiempo.

Tonio le sugirió r que leyera alguno de los libros que había traído en la bolsa. Aquello la obligó a desistir nuevamente, así que se lo devolvió y se dedicó a hojear uno. Observó algo curioso en ese momento; Tonio encendió el móvil unos segundos y sus dedos ágiles marcaron el pin, a lo que Mercedes solo llegó a ver el primer dígito. ¿Qué hacer ahora? Tonio lo dejó en su bolso de mano y salió al baño, aunque le daba un poco de vergüenza cruzar el pasillo. Mercedes le indicó que fuera y no se aguantara, y eso realizó. Se deslizó en zigzag; unos lo miraban, otros cuchicheaban; para él resultaba bochornosa esa pasarela ridícula. Nada más levantarse su hijo, comenzó el plan vertiginoso de Mercedes; debía completarlo antes de la vuelta. Alargó el brazo sin pensar en nada más y agarró el móvil con temblores en la mano. Lo tenía, ahora era el momento de buscar la agenda; le pareció imposible. No había forma de manejarse entre iconos y menús; en definitiva, una locura. Vio que su estrategia se truncaría fácilmente y decidió apretar el único botón que conocía, el de llamada; de repente apareció una lista de contactos. Su mirada se eclipsó al instante, entre ellos aparecía Alf; debía de ser él. Captó de lejos que Tonio se encaminaba a su sitio, la premura constituía la única oportunidad. Mercedes cogió un bolígrafo del bolso; al no tener dónde escribir el número, abrió el libro y lo anotó veloz en una página al azar sin que Tonio se diera cuenta. Volvió a depositar el teléfono en la bolsa de este y, poco después, apareció de repente con un vaso de agua.

—No sabes lo incómodo que puede parecer el baño; incluso para hacer tus cosas, tienes que estar de pie.

Mercedes se echó a reír y después le dijo:

—Si tanta vergüenza te da, ¿qué haces bebiendo agua? En menos de lo que te imaginas, vas a estar de nuevo desfilando por la pasarela.

Los dos se carcajearon y, tras esa risa, Mercedes contenía una más sabrosa; había averiguado el número de Alfonso. En sus manos albergaría un plan, que no tardaría mucho en poner en práctica con discreción. Un sueño plácido la envolvió, apoyó la cabeza en el hombro de su hijo y una calma dulce la acabó reconfortando el resto del viaje.

Alfonso no hacía otra cosa que ver tele e hincharse a base de chocolate y pipas. Los ánimos de sus padres le sabían a poco. Por mucho abrazo, palabra o explicación, Nicolás no se encontraba con ellos; esa era la verdadera situación. Su partida también causó mella en unos progenitores que hasta ahora creían que todo era perfecto, pero hasta la perfección tiene sus cláusulas. No quiso culparlos de nada, habían actuado como consideraron correcto. Ahora, Alfonso tendría que decidir entre buscar a su hermano o renegar y vivir en la ignorancia total, aunque resultaría difícil. Tras unos segundos de reconsideración, apreció que dirigía el mando de una situación desbocada que se le había ido de las manos no solo a Alfonso, sino también a sus padres. En definitiva, nadie merecía ser tachado de culpable.

Tanto Sylvio como Marica nunca contradijeron los planes de Nicolás desde el primer momento en que este poseyó un atisbo de conocimiento. Debido a ello, quizás recogían los frutos de esas libertades. Por otro lado, Alfonso no podía quejarse en absoluto de la atención de sus padres. Sin embargo, solo le bastó la desaparición de su hermano y la

reacción impávida de ellos para entender que, seguramente, se vería solo en ese gran cometido. Una búsqueda desconocida se acercó hasta su presencia; a falta de incipientes, podría residir todavía la esperanza, pero ¿de qué modo vendría? Recordó el dicho de su abuela pocos días antes de fallecer: «Uno nunca está completamente solo».

Su habitación se encontraba con la persiana medio bajada y pensó que no debía seguir así por mucho más tiempo, estaba malgastando un verano que jamás se repetiría. Se levantó y se puso unos vaqueros cortos, la camisa azul de botones y las deportivas de color plomo. Cogió del segundo cajón del escritorio la cartera y fue directo a comprar un móvil, al menos conservaba la tarjeta con el número original.

La tarde se le pasó rápido porque no solo hizo la compra, sino que también paseó por el parque y se tomó algo en una de las terrazas más frecuentadas. Tenía ilusión por haber adquirido un teléfono nuevo; recordaba el final del anterior y con este no sucedería lo mismo, sería más responsable. Uno no puede ir por ahí tirándolos como si estuviera realizando epostracismo. Tras encenderlo, primero llamó a César y le dio una grata sorpresa.

—Supongo que desconocerías este número después de tanto tiempo, ¿no?

César le respondió que estaba a punto de contactarlo, quería sugerirle algo interesante.

—Atiende, tengo un gran plan para este verano y no puedes negarte porque ya lo he puesto en marcha.

Alfonso no lo rechazó, tampoco tenía nada interesante que hacer y decidió reunirse con su amigo. Transcurrían los inicios de julio, la ciudad se iba quedando desierta, todos andaban por sus pueblos o lugares de placer; pero allí todavía permanecían dos sin saber qué decisión tomar.

Alfonso, nada más llegar a la cafetería, entró y prefirió aguardar bajo el aire acondicionado. Un taxi estacionó y César salió de él. Lo realmente sorprendente fue que sacó

dos maletas de viaje, una más ligera que la otra; en efecto, estaba vacía. Alfonso acudió a su encuentro y no comprendió esa situación; se echó a reír, a pesar de que le sembró desconfianza.

—Ya veo, me has hecho venir hasta aquí para decirme que te irás de vacaciones con Susana y que, si necesito algo, te avise en cualquier momento. ¿O me estoy equivocando?

Todo estaba dispuesto, quizás de forma precipitada, pero podría salir bien. César le ordenó tranquilizarse y entrar en el taxi; le insistió en que debían darse prisa. Alfonso quería un motivo para tanto misterio, no pretendía verse envuelto en complicaciones.

—A mí no me hagas entrar en un taxi porque sí; además, lo que mal empieza mal acaba. ¿Qué llevas en tu cabeza?

César trataba de disimular con gestos y monosílabos, pero por dentro se moría de la risa. Si le hubiera propuesto realizar un viaje y distraerse, Alfonso hubiera alegado un millón de excusas, y pensó que no hacían falta explicaciones de ningún tipo. Así que no le quedaba más remedio que forzarlo. Dentro del halo de secretismo que César había procurado, pretendió ir más allá porque Alfonso se lo puso a huevo.

—Bien, no te has equivocado en absoluto. Tengo que ir a recoger a Susana. Me pidió que me trajera dos maletas más porque en su casa no tiene ninguna. Y ya de paso, quise pasarme por aquí y así me ayudabas.

En efecto, lo que Alfonso había supuesto, no se equivocó en absoluto. ¿Cómo se le podría pasar por la cabeza iniciar un viaje con su amigo, cuando estaba en pleno proceso de tonto con Susana? Resultaba lógico que se hubiera ido con ella.

—Lo siento, César, no seré partícipe de unas vacaciones en la cuales voy a ser, más que acompañante, un mísero aguantavelas. Y me niego. ¡Pásatelo bien y nos vemos a la vuelta!

César rebajó su tono y, dentro del estado de excitación, arañó el ánimo delicado en el que Alfonso se encontraba últimamente.

—He venido para que viajes conmigo. No lo esperes porque Nicolás no volverá, al menos por el momento. Te estás atormentando de manera inútil y lo sé, te conozco más de lo que tú te crees.

El taxi detuvo el motor y pareció acompañarlo otro parón, el corazón de Alfonso. En ningún momento se le había pasado por la mente esa advertencia sutil, pero era cierta. ¿A qué aguardaba? Irradiado por un pensamiento fugaz, lo vio caminando por la calle, riéndose con él, feliz por un instante mísero.

—No puede haberse ido para siempre, nunca lo ha hecho y no creo que lo haga jamás. —Alfonso comenzaba a perder los nervios—. Por más diferencias que hayamos tenido los dos, siempre debería prevalecer ante todo el sentido común. Y confío en él, en los años que me ha regalado y todo lo que ello conlleva. Nicolás no ha tirado la toalla y no pienses que yo lo haré.

—Yo en ningún momento he dicho que fueras a tirar la toalla, tenemos unas vacaciones por delante para que me cuentes qué mosca le picó a tu hermano para que cogiera el portante y se marchara —indicó César.

¿Y ahora qué? Alfonso no sabía si hablarle sin tapujos o limitarse a una conversación rutinaria sin ahondar en demasiados detalles.

—Si quieres que viaje contigo, deberé tomar las debidas precauciones... A veces me transmites una desconfianza atroz.

— ¡Uy, que nos ha salido modosito el chico! ¡Pero qué estupideces sueltas, Alfonso! —exclamó César.

El taxista apoyó su brazo en la ventanilla del coche y comenzó a prestar más atención a la conversación, le pareció interesante. César no quería hacer pasar un mal trago a su

amigo, así que, obviando por un instante el tema que había fluido en el ambiente, lo evadió ingeniosamente.

—Es absurdo lo que dices, tengo un plan para los dos al margen de Susana o de Nicolás; he venido para que vayamos juntos, los dos solos.

Conociéndolo, podría haber salido fatal y desistido en el último instante. Pero Alfonso entró y recibió el abrazo más cariñoso y especial de César. Este volvió a introducir las maletas en el maletero del taxi. Alfonso, por otro lado, se sentía excluido de un mundo que parecía cada día más ambiguo para él, más ajeno. No había retorno; simplemente, un avance constante cuyo destino desconocía. Se encontraba inmerso en un viaje, una vorágine de sensaciones.

—Me encantan este tiempo de decisiones, así de imprevistas; hasta me llegan a poner —bromeó César.

—A ti te pone todo; además, ya me puedes ir contando si hubo algo o no con Susana.

—¿Que si hubo tema? Más bien hubo temazo... —César rio.

—O sea, que mojaste el churro; por la cara que tienes, me da que sí.

—Luego te lo cuento; pero creo, tío, que ahora sí que he tomado una decisión acertada... ¡Estoy loco! —gritó César.

El taxi se dirigió con una orden a la estación de tren, donde cogerían uno para escapar lejos del desorden y el bullicio. Era preciso relajarse, pero una maleta permanecía vacía; no había muda para Alfonso. Bueno, no se dificultaba darle solución; donde fueran, comprarían de todo. Así también constituía una excusa buena para renovar vestuario. Menos mal que llevaba su billetera con lo indispensable.

—Pensé por un segundo que te negarías a hacerme caso, pero después de haber visto el panorama de estos días es mejor irse y disfrutar. ¡Concrete está muerta! —dijo César.

No había reunido el valor de llamar a Emma para comunicarle que salía de vacaciones; creyó que no le respondería al teléfono, ni tampoco querría saber nada de él. Lo que sucedió con Susana aún resultó más incomprensible. Alfonso no se lo pasó por alto y prefirió preguntarle:

— ¿Por qué huyes? Y no me digas que no lo haces porque esto es una escapada para evitar ciertos compromisos.

César entendía lo que pretendía comentar y prefirió mostrarse más discreto, pero Alfonso lo empujó para que soltara algo.

—No te calles, porque todavía me creeré más que esto no es un viaje, sino una fuga.

César tuvo que alegar algo para no enfurecerlo, debían empezar las vacaciones con el pie derecho.

—Emma... Después de todo, creo que nunca más volverá a hablar conmigo. De Susana, no tienes por qué preocuparte. Estamos saliendo, pero algo realmente importante le ha debido de suceder y me ha pedido tiempo. Por lo que me dijo por teléfono, es un asunto familiar. Y no es cierto, no escapo de compromisos, porque ahora tengo uno entre manos demasiado valioso y no pienso dejarlo de lado.

Alfonso procesaba poco a poco las palabras de César; lo de Emma era razonable, pero que hubiera terminado con ella y comenzara una relación con Susana parecía de locos.

— ¿Me quieres decir que finalmente te decidiste por ella?, ¿a pesar de todo lo que malmetió?

César se había decantado por la llamada del corazón y ahora debía llevarla adelante con esfuerzo.

—Yo entiendo que tomar esta decisión también implique perder, y así ha sido. Posiblemente, el tiempo nos ponga a todos en su sitio y, si esta relación no es merecedora, no tardaré en darme cuenta. Y ya sabes el dicho, el corazón atiende a razones que a la razón escapan. ¡He decidido arriesgar el todo por el todo, amigo mío!

Alfonso observó que César no era el mismo, algo había cambiado en él. Sus razonamientos mostraban firmeza. Quizás el tiempo que había compartido con Emma le había revelado que sentía algo más fuerte hacia Susana.

—En el fondo, permanecer con Emma te ha valido para ver los sentimientos que tenías hacia Susana. No ha sido fácil y, después de todo, comienzo a comprenderte —dijo Alfonso.

César se echó a reír.

— ¡Vaya!, ¡qué curioso! Ahora es cuando comienzas a entenderme. Pero mejor ahora que nunca.

Alfonso añadió:

—Sé que, a pesar de todo, te tendré a mi lado para ayudarme. Al igual que estaré a tu lado para lo que sea necesario. Siempre nos hemos apoyado, y lo más curioso es que hemos vivido los dos en el mismo barrio. Pero tuvieron que ser ellas las que nos presentaran.

Aunque alguna vez se habían visto de refilón, no se habían conocido personalmente hasta entonces. Emma los presentó y surgió espontáneamente una amistad inmediata. Después de unos recuerdos breves, el taxi alcanzó la estación. Alfonso y César cogieron las maletas y bajaron, no sin antes quedarse casi desplumados con la factura del taxista. Caminaron hasta las taquillas y compraron los billetes, pero todavía restaban quince minutos para la salida del tren. Dio tiempo para relatar mucho: los momentos posteriores a la discusión de la despedida de Tonio y algún detalle tórrido de la noche anterior con Susana. Se habló también de Mercedes y Tonio y de lo que harían en aquella ciudad durante dos semanas. Alfonso se quedó con la manera en la que derivó todo.

—He llegado a desconoceros en estos últimos días, yo mismo he cambiado. No podemos dejar que estas cosas sucedan con tanta libertad.

Alfonso cogió un aire melancólico.

—Antes, nuestras preocupaciones eran más insignificantes: el sentimiento de libertad, o ser el mejor en el instituto, el miedo a fracasar en la primera vez, sentirse fracasado....

—Bueno, eso de sentirse fracasado es una preocupación transversal, porque me pasaba a los quince como me pasa ahora a los casi treinta. Debemos vivir y dejar de pensar tanto, tío; quiero hacer como tú, admiro tu valía con lo de Mercedes. Eres un tío de puta madre y con un par de cojones. —César enalteció las virtudes de macho alfa de su amigo.

— ¡Qué estúpidos somos a veces! Le podemos dar un grado de importancia a cosas que antes pasaban desapercibidas para nosotros. No lo entiendo; cuando tenía quince años, me miraba al espejo casi todos los días y tenía la certeza clara de que físicamente no cambiaba; no había ni rastro de cambio en mis rasgos. Pero, ahora que me vuelvo a mirar, sigo sin cambiar; lo que más miedo me da es que ha cambiado mi forma de ver las cosas.

César afirmaba con la cabeza; lo comprendía en una medida proporcional, aunque desvió el rumbo de una conversación taciturna y comenzó hablando de Susana.

—Lo cierto es que me siento lleno con ella, y no me arrepiento de haber dado este paso en el mismísimo borde del precipicio. Tuve la sensación de que, si no era valiente y decidido, la hubiera perdido para siempre.

Alfonso se alegró muchísimo, a su vuelta una vida nueva iniciaría para todos. Cuando Mercedes regresara, ¿quién sabía? Había tiempo de sobras para olvidar.

Aprovecharon para dar varias vueltas por los diferentes negocios del lugar; lo único que les llamó un poco la atención fue la tienda de juegos y artículos electrónicos, pero decidieron no comprar nada que los atara a permanecer en casa; no deseaban planes para confinarse. Ojearon las revistas, posiblemente Alfonso eligiera una al menos. César

se dirigió a por algo que quiso esconder porque le daba vergüenza enseñárselo, pero Alfonso enseguida lo captó.

— ¡Todavía con esas revistas, pero si son trucajes! Además, estoy seguro de que al final en letra pequeña te advierten de que estas imágenes tratan de acercarse a la realidad, pero que son pura fantasía.

César pasó de la seriedad absoluta a la risa desbordante.

—Ya lo sé, pero si las miro tampoco me pongo a pensar si son postizas o no. ¡Bua! ¡No me digas que haces con todo igual! Cuando le viste por primera vez el escote a Mercedes, ¿también pensaste que las tenía operadas?

Alfonso le dio un capón en condiciones.

— ¡Eh! No te metas con Mercedes, que ella no se ha operado ni un solo centímetro de su cuerpo.

César prosiguió con la broma.

— ¡Uy! ¡No te metas con Mercedes, con mi Mercedes! ¡Ella es pura carne virgen!

Un aviso de megafonía lo interrumpió. Antes de salir de inmediato, Alfonso siguió buscando hasta que encontró la revista que su hermano Nicolás se solía comprar todos los meses. Había estado tranquilo y sin atisbo de recordar nada, pero ello lo detuvo en un vacío terrible de ausencia.

—Nicolás...

César lo escuchó y le tuvo que preguntar porque parecía hipnotizado.

—Pero ¿qué dices? ¿Qué le pasa a Nicolás ahora? ¡Él sí que se estará dando buena vida! A saber dónde andará o lo que estará haciendo.

Alfonso no logró disimular la aflicción. Lo echaba de menos, no podía expresar lo que le transmitía esa ausencia.

—César, no comprenderás nunca lo que por mi cabeza pasa ahora. A pesar de no ser mi hermano o de que no haya tenido el valor de afrontar la realidad, yo soy igual que él. Duros y sin corazón al principio, pero demasiado frágiles